

## *Un cisne bajo el agua*

– ¿Has oído eso? –preguntó con voz temblorosa Wom. Pensaba que había escuchado uno de ellos.

–Tonterías. Venga, es la primera vez que estamos tan cerca.

Fecles trataba de sonar convincente pese a darse cuenta de que no estaban solos allí abajo; y de que su bombona de oxígeno estaba casi vacía. Eran los dos mejores submarinistas que quedaban en la UNNH (Unión de Naciones No Hundidas) tras la última subida del nivel del mar, y con los nuevos propulsores diseñados por el departamento, no podían fallar.

Acababan de ver a uno de ellos, y por momentos era más difícil cruzar lo que antaño fueron los árboles de un parque. Ninguno dijo nada, habían sido preparados para las dificultades. No podían fallar.

–Mira, ¡ahí está, esa es la facultad!

La verdad es que Fecles no podía centrar la mirada debido al miedo; pero tras unos segundos, cuando consiguió ver la cabeza de cisne del escudo de la universidad, volvió a la realidad.

– ¡Coloca las cargas, rápido! –le ordenó al novato

Una oleada de burbujas les cubrió tras la explosión y una manada de ellos salió despavorida del agujero. Estaban presos del miedo, pero estaban tan cerca... ya no podían fallar.

Tenían memorizado cada paso a partir de ese instante: podrían haberlo hecho con los ojos cerrados tras tanto tiempo entrenándose. Al sobrepasar la brecha creada por los explosivos fue coser y cantar. En menos de dos minutos encontraron el laboratorio. ¡Cómo brillaba! Ahora entendían por qué significaba la esperanza para la humanidad.

En el momento en que Wom lo asió con fuerza apareció uno de ellos, con esos asquerosos tentáculos.

– ¡Cuidado! –advirtió Fecles, sacando el machete para intentar rescatar a su compañero de la horrible criatura. Con un corte limpio, se libraron de él, mirándose anonadados, ya que parecía más una mano que un tentáculo.

Cortar. Nadar. Huir hacia la derecha; hacia la izquierda. Escaleras. Subir. Subir. Subir.

– ¿Lo habéis conseguido? –les preguntó el comandante una vez en el barco sin esperar a que recuperaran el aliento.

– ¡Sí! ¡Y podíais habernos avisado de que eso estaba infestado de esos monstruos!

El capitán abrió la caja y sonrió con malicia.

–Ahora ya da igual, es nuestro; están acabados. Es hora de que sepáis que esos “monstruos” -tomó un respiro, mientras se encendía un cigarro- en otro tiempo fueron humanos.